

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“*Bien faire et laisser dire.*”

LA PARABOLA DEL MONTE

XXXVII

Y dijo Zaratustra:

“En el más alto

pico de aquellos montes eterniza
su diamantino fulgurar, la nieve.

Como férvida ola de basalto
emergió de la Tierra—fatigada
por la vana equidad de las llanuras—
ese Monte, de cima plateada
y raíces inmóviles y duras.

Fúnebremente solo, su fiereza
vió los siglos pasar (hojas caídas
del áspero laurel de su cabeza);
ni las huracanadas sacudidas
del frío Septentrión, ni la demente
voz de la tempestad, ni sus filosas
dagas, robaron al adusto pico
l' actitud impasible de su frente.

Y la montaña se levanta loca
ante la inmensidad, y cuando irisa
el rayo matinal su nivea toca,
dijérase vagar una sonrisa
sobre la faz de la vetusta roca.....

Hasta el ápice frío de l'altura
no ha trepado mi pueblo todavía
—pedestal en que el Hombre se infutura—
ni las plantas de humana criatura
le habrán de hollar, hasta remoto día.

Sólo un ciervo sus pérfidas barrancas
ágil vence; la piedra desprendida
al ímpetu triunfante de sus ancas,
huye, al chocar de la pezuña hendida,
por el desfiladero sin salida.

Ya en la cima, la vasta cornamenta
sus ramas abre, como vieja encina
á quien robó las hojas la tormenta,
y el macho, joven y soberbio, empina
su bosque bajo el Austro que revienta.

Ráfagas silbadoras
le peinan, al pasar, la piel hirsuta
y las rojas ventanas sopladoras
de su nariz, en agitada y bruta
palpitación husmean las sonoras
profundidades del abismo torvo
Y la nariz se enfría y asemeja
un pedazo de nieve con el viento:
oh Cima! oh Libertad! oh Pensamiento!”

Y dijo Zaratustra: “Cuando llegue
la hora del amor para mi raza
enviaré mis robustos labradores
á desprender la indómita coraza
de ese monte—mi Monte—y en la plaza
de mi libre Ciudad ¡Conquistadores
del Ideal! las muchedumbres fatuas
oirán por qué las piedras de aquél Monte
elegí para alzar vuestras estatuas.....”

Guillermo Valencia.

José Joaquín Palma

De paso para Guatemala y procedente de su amada Cuba, ha estado entre nosotros por pocos días el anciano y distinguidísimo Poeta don *José Joaquín Palma*, á quien tuvimos el placer y el honor de saludar personalmente.

Viaja con él su hija única, la bella y gentil cubana señorita *Zoila América Ana Palma* de la cual podría decir don *José Joaquín* imitando á otro notable Poeta "que es la mejor de sus obras".

Palma casi no escribe ya. Según su pensar es preciso abrir paso á los jóvenes, lo cual es enteramente razonable, pero no implica á nuestro entender el silencio de los viejos consagrados de las Musas. Así se lo manifestamos, y con su genial bondad nos ofreció enviarnos desde Guatemala algo suyo, con lo que nos dará gran satisfacción y con nosotros á todos los que sienten cariño especial por el autor de *Tinieblas del alma*, que son muchos ciertamente.

Que vientos prósperos lleven al puerto con toda felicidad al Poeta y á su inteligente hija, son nuestros mejores deseos.

Guillermo Valencia

El autor de *Ritos*, el primer poeta colombiano de la época presente, está entre nosotros.

Viene del Cauca, la tierra privilegiada que si produjo un Mosquera y un Obando, también cuenta un Arboleda, un Isaacs y un *Valencia*, en donde desempeñaba el primer puesto oficial, y va, como Delegado á la Convención de Río Janeiro, á sentar plaza, Benjamin por la edad, entre los más notables estadistas de América.

Nos proponemos escribir algo meditado acerca de *Valencia*, poeta de todas nuestras simpatías, y por esta razón nos limitamos por ahora á saludarlo cariñosamente, y á ofrecerle á discreción las columnas de nuestra humilde Revista, que hoy honra con una bella producción inédita, *La Parábola del Monte*, la cual forma parte de un poema en gestación titulado ZARATUSTRA, que piensa dar á la publicidad en Buenos Aires.

El Poeta seguirá viaje mañana á su destino por la vía de Nueva York y Europa, y grato nos es desearlo toda clase de triunfos en los países que visite.

Evolución de la Doctrina Monroe

Un distinguido escritor amigo nuestro, nos ha favorecido con el presente artículo en que estudia sesudamente la evolución de la doctrina de Monroe. Complacidos con tan notable colaboración, no vacilamos en cederle lugar preferente en estas columnas.



ES un hecho universalmente reconocido que, ante la posibilidad de que la Santa Alianza ayudara á España á reconquistar sus colonias del Nuevo Mundo, el ministro inglés Canning escribió el 20 de Agosto de 1823 una carta confidencial á Richard Rush, Embajador de los Estados Unidos en Londres, indicándole la conveniencia de que Inglaterra y los Estados Unidos manifestaran conjuntamente á Francia, Rusia, Austria y Prusia, miembros de la Santa Alianza, que los Estados Unidos é Inglaterra mirarían como un acto hostil á ellos la intervención

de dichas potencias en favor de España y contra la independencia de las Repúblicas hispano-americanas.

El 7 de Octubre del mismo año tuvo el ministro Canning una conferencia con el Príncipe de Polignac, Embajador de Francia en Londres, y le manifestó que toda ingerencia de una potencia extranjera en favor de España y contra las Repúblicas hispano-americanas sería un hecho acerca del cual Inglaterra asumiría la actitud que conviniera á sus intereses, y que dicha intervención sería motivo para que ella reconociera inmediatamente á las colonias hispano-americanas como naciones independientes.

En vista de la carta escrita por Canning á Rush, el presidente Monroe consultó con Jefferson sobre el particular, quien le contestó diciéndole: "La máxima fundamental de nuestra política debe ser no mezclarnos nunca en los asuntos de Europa y no permitir que ella se mezcle jamás en los del lado de acá del Atlántico".

Monroe siguió el consejo de Jefferson, y el 2 de Diciembre de 1823 envió al Congreso su famoso mensaje, formulando la doctrina que lleva su nombre, en estos términos:

«En las colonias ó dependencias actuales de las potencias europeas (en América) no hemos intervenido y no intervendremos; pero con los Gobiernos que han declarado su independencia y que la sostienen, y que por grandes consideraciones y justos principios hemos reconocido, no podríamos ver una intervención cualquiera para oprimirlos, ó dominar de alguna manera su destino, de parte de las naciones europeas de otra manera que como un acto hostil á los Estados Unidos».

En vista de esa notificación perentoria, la Santa Alianza abandonó sus propósitos liberticidas contra la América española y un año más tarde, el 9 de Diciembre de 1824, quedó absolutamente roto el domini español en la batalla de Ayacucho.

Con excepción de Inglaterra, las potencias europeas no han reconocido jamás la doctrina de Monroe como un principio de derecho internacional, pero esto no ha obstado para que esta doctrina produzca efectos prácticos, como la evacuación de México por las tropas de Napoleón III; el desistimiento de España acerca de Santo Domingo; el arbitraje anglo-venezolano sobre los límites de la Guayana inglesa y otros casos de análogo carácter.

Ahora bien: ¿cómo se interpretó en un principio la doctrina de Monroe en los mismos Estados Unidos?

Sencillamente como una prohibición á las potencias europeas para que no establecieran nuevas colonias en la América española, y esto no por amor á los pueblos hispano-americanos, como algunos creen, sino como una medida adoptada por los Estados Unidos para proteger sus propios intereses, que habrían quedado amenazados con el establecimiento de la hegemonía europea en cualquier punto de nuestro hemisferio. Pero en el transcurso de 80 años los gobiernos de los Estados Unidos han hecho evolucionar esa doctrina, dándole mayor alcance que le dió Monroe, hasta pretender hoy que ella establece una especie de protectorado de los Estados Unidos sobre las repúblicas latino-americanas.

Ya en 1858 el Presidente Buchanan proyectó establecer ese protectorado sobre los Estados septentrionales de México, pidiendo al efecto permiso al Congreso para penetrar en aquel país, en Centro América y en Colombia, con el pretexto de proteger las personas y propiedades de los ciudadanos americanos residentes en dichos países, petición que el Congreso no quiso sancionar. Pero el gran desarrollo industrial de los Estados Unidos, que cada día demanda nuevos mercados para sus productos, les ha inspirado la ambición de establecer sobre la América latina un *zollverein* para excluir de nuestros mercados á las potencias industriales de Europa, y esa aspiración ha engendrado tendencias avasalladoras, que cada día se acentúan más, debido al indiferentismo y á las incalificables debilidades de los gobiernos latino-americanos.

Durante la administración del Presidente

Cleveland, dijo su Secretario de Estado Olney:

«No es fácil fijar con toda precisión el objeto y los límites de esa doctrina. No establece el protectorado general de los Estados Unidos sobre los demás estados americanos... Es simplemente un propósito y un objeto: el de que ninguna potencia ó combinación de potencias pueda privar á una nación americana del derecho que tiene á su independencia y á señalar los rumbos de su política y de sus destinos».

Como se ve por esta declaración, el Secretario Olney reconocía en aquel tiempo que la doctrina de Monroe no le daba derecho á los Estados Unidos para establecer un protectorado sobre los demás estados americanos, pues declara por el contrario que *el único objeto de aquella doctrina fué asegurar á estas repúblicas su absoluta independencia y el derecho de señalar por sí mismas los rumbos de su política y sus destinos*. Esto no obstante, cuando ocurrió el conflicto de límites entre Venezuela y la Guayana inglesa, el mismo Secretario Olney dijo en un despacho de fecha 20 de Julio de 1895 á Mr. Bayard, representante de los Estados Unidos en Londres: "Los Estados Unidos son los *prácticamente soberanos* en el continente americano."

Salta á la vista la contradicción que entrañan esas dos declaraciones, la segunda de las cuales revela un gran avance en la interpretación de la célebre doctrina.

Examinemos ahora las declaraciones hechas en diversas épocas por el Presidente Roosevelt con relación al alcance de la doctrina de Monroe.

Pocos años antes de llegar á la Presidencia de los Estados Unidos dijo Mr. Roosevelt estas palabras:

«La doctrina de Monroe no es una cuestión de derecho, sino una cuestión de política. La doctrina de Monroe se puede definir en muy pocas palabras: *es la que prohíbe á todo estado europeo adquirir territorios en suelo americano*. Los Estados Unidos no tienen el más pequeño deseo de establecer un protectorado universal sobre los otros estados de América ni aspiran á hacerse responsables de sus delitos. Si alguno de ellos se ve envuelto en un pleito con un estado europeo, ellos solos deben zanjarlo. Pero á ninguna potencia europea se le debe permitir engrandecerse en el suelo americano á costa de un estado del continente. Como tampoco puede tolerarse ninguna trasgresión de las colonias

europas, si á juicio de los Estados Unidos puede ser hostil á nuestros intereses».

Como se ve, en aquella fecha el Presidente Roosevelt creía que la doctrina de Monroe no era más que una doctrina política cuyo único objeto era prohibir á los Estados Europeos que adquirieran territorios en el hemisferio hispano americano, y añadía que los Estados Unidos no tenían el más pequeño deseo de establecer un protectorado sobre estas repúblicas. Pero desde que el señor Roosevelt llegó á la Presidencia de la República ha cambiado radicalmente de modo de pensar, y con frecuencia hace declaraciones opuestas á las que hizo antes de llegar á la Presidencia de los Estados Unidos.

En una carta escrita, siendo ya Presidente, con motivo del segundo aniversario de la independencia de Cuba, dijo:

«No es verdad que los Estados Unidos estén hambrientos de territorios nuevos. Ninguna nación americana que sepa arrojarse decentemente sus cuestiones políticas y económicas, mantener el orden y cumplir sus obligaciones financieras, debe tener temor alguno. Pero perturbaciones no interrumpidas y el aflojamiento de los lazos que deben existir en una sociedad humana, pueden exigir la intervención de una nación civilizada; en el hemisferio occidental los Estados Unidos no pueden descuidar este deber.»

Esta declaración del Presidente Roosevelt implica ya el derecho de los Estados Unidos á intervenir en los asuntos de la América latina en ciertos casos.

En el discurso pronunciado en Chautauqui dijo el Presidente Roosevelt lo siguiente:

—«Yo, por mi parte, preferiría siempre que el arreglo de las cuestiones referentes al pago de deudas, fuera llevado á cabo por la intervención de los Estados Unidos, en vez de serlo por una potencia extranjera. No me gustaría ver que alguna potencia no americana ocupara de un modo permanente ó temporal las aduanas de una república americana, y preferiría lo hicéramos nosotros mismos».

Así es que cuando se trata de cobros, el Presidente Roosevelt opina que los Estados

Unidos ocupen las aduanas de cualquier República latino americana reacia al pago, convirtiéndose así aquel país en tutor de estas naciones en cambio de garantizarles una soberanía é integridad que ninguna potencia europea amenaza. Pasaron ya los tiempos en que España y las demás potencias europeas ambicionaban territorios en nuestro hemisferio; en la actualidad la única aspiración de los pueblos industriales de Europa es hacerse de los mercados latino americanos para lo cual tienen tanto derecho como los Estados Unidos.

Evidente es por tanto la manera rápida como evoluciona la doctrina de Monroe en el criterio de los estadistas norte americanos.

Y ¿en dónde se detendrá esa progresión? Claro es que la facultad de interpretar esa doctrina que se arrogan los Estados Unidos puede tener un grave alcance y prepararnos serias sorpresas para el porvenir, si la América latina no se pone en guardia para contener esos avances.

Dentro de poco tiempo se reunirá en Río Janeiro un Congreso de delegados de todas las repúblicas de este continente, y ante esa perspectiva cabe preguntar; ¿qué igualdad puede haber en el trato entre naciones de las cuales una se declara tutora de las otras?

En vista de las tendencias avasalladoras de los Estados Unidos, ¿convendrá á las repúblicas latino americanas enviar delegados á ese Congreso, sin exigir antes á los estadistas norte-americanos una declaración que establezca y defina claramente cual es su actitud hacia estos países?

Nosotros creemos que antes de efectuarse el Congreso de Río Janeiro debería exigirse á los Estados Unidos el reconocimiento explícito de nuestra absoluta soberanía é independencia.

Antes de concurrir á ese Congreso, es necesario levantar nuestras repúblicas á la consideración y al respeto de los Estados Unidos, y esto no puede hacerse sin protestar enérgicamente contra toda declaración que tienda á reducirnos, ya sea física ó moralmente, á su dominio y sujeción. Teniendo la razón de nuestra parte no debemos cometer debilidades, ni cejar ante ninguna amenaza, sino arrostrar cualquier peligro antes de consentir en la mengua de la soberanía y dignidad de estas naciones.



SRA. FIDELINA TRIGUEROS

pieles de cocodrilo, y extiéndese en su lugar una como alfombra igual, ondulante siempre, pero tersa y cómoda, que aligera el paso y no hace temer el barro de las charcas, enfadosos recuerdos de las lluvias.

Y aturde el rodar vertiginoso de los carros enormes, de las bestias gallardas y del transeunte afanoso; en tanto que la pala y la piqueta en manos del negro jamaicano, cuya cara brilla como una bota de charol, escarba y hiera una greda pegajosa, que va adhiriéndose á sus piernas hasta semejar la forma elegante de un coturno, ó bien los troncos de dos árboles recién extraídos de un pantano.

La obra sigue y seguirá adelante; ¿y aún lo duda usted? Pues aplique un tanto el oído al suelo, como aún hacen los semidesnudos ciudadanos de las vírgenes montañas, y ¿no siente usted rumor de gentes que hablan y de pasos que firmes se aproximan?.....

¡Ah, de los que vengan sin más valor que la esperanza, y sin fuertes y animosos bríos en los brazos musculosos! ¡Ah, de los que vengan por caudales fáciles y repentinos, sin tener en el corazón las indomables energías, que jamás accorraladas, están avezadas á extrangular obstáculos y á demoler dificultades y tristezas!

Ah, de los que vengan con sueños y lirismos, imaginando fáciles de explotar bajo la sombra protectora de la ignorancia ó el desorden! y más desventurados todavía, los que soñando tesoros escondidos en lejana tierra desconocida, vienen ávidos y febricitantes, á dormir eterna y últimamente bajo esa misma tierra que, como todas las del mundo, sólo se torna buena, munífica y generosa, con el puro y sagrado fuego del sudor de nuestras frentes!

Pero no observa usted, lo hermoso y bello que brilla el sol en el rostro brufido del jamaicano? Ha luengos siglos que en el Africa se conocieron y desde entonces van, pie con pie, cada cual á su destino.

La obra sigue y marchará adelante; ¿se convence usted? Que me place! y eso que no hace muchos días de la amable sociedad de *Mister Dollar* y del señor *Balboa*.....

Simón Rivas.

EN LA VÍA



CAMINAMOS á la blanca luz deslumbradora de una tarde de Mayo, una tarde llena de luz, pero de luz iracunda y vasta. Una como pulverulenta nube gris, igual á la que dejasen tras sí las ruedas veloces de un coche, á trechos modifica la perspectiva de la vía que, como una cinta morena, se extiende y se dilata en una parda tonalidad que enturbia á distancia los precisos perfiles de las gentes y las cosas.

Obsérvese que son momentos en que el bronco diapasón del bullicio humano deja oír su nota más alta y detonante. El afanoso trajín del día brilla húmedo y sonriente en el sano sudor de semblantes morenos, tostados y enérgicos. Es como circulación de sangre nueva en un cuerpo remozado por el trabajo y la esperanza, y una como tropidación de esfuerzos que bregan con denuedos de centauros y que constituyen fe, no para mover montañas, sino para cubrir abismos de iniquidades, de crímenes y vicios, y para cegar pantanos, extirpar malarías y cubrir de viviendas los estériles terrenos sobre los cuales han de correr en épocas venturas, los torrentes de leche del progreso y los ríos de miel de la justicia.

Es la hora en que la urbe, nuestra risueña urbe panameña, tal vez soñadora y con impa-

sible gentileza, contemplándose, advierte lo que falta acaso de buen gusto y gallardía en el refinamiento de su tocado, así como observa las rápidas mutaciones, cambios ó alteraciones que la varita áurea de un mago apasionado verifica en sus estancias.

Y ciertamente, nuestra ciudad se despeza. Ha permanecido como en un sueño de aquellos que solo proporciona un filtro emponzoñado. ¡Sueño horrible y de visiones apocalípticas! Últimamente, Lady Macbeth, no experimentó mayor pesadilla por el horror de la sangre, que la angustiada y atroz que sufrió nuestra ciudad, en el salvaje rugir de fratricidas combates! Aun en el lento parpadeo de sus ojos negros se descubre un resto del doloroso asombro que en pasados días amarilló su tez! La hermosa perspectiva moral de su providencial fortuna, no ha desalojado de su corazón, del todo, el frío punzante de las tremendas penas y desdichas; pero al fin, convéncese de que pasaron ya las malas horas, y mira encuadradas sus posesiones por selvas vigorosas y opulentas, y por mares haberosos y profundos; que la yerba reverdece lozana y fresca en los prados y dehesas, que algo vibra fuerte y misterioso bajo el subsuelo de su morada y que vienen de lejos provocaciones de futuras dichas.

Mas una fuerte acción restauradora avanza serena é imperturbable. Cegados los surcos gredosos que ocultan las ramificadas venas del acueducto, arráncase del tortuoso y úspero suelo de las calles unas como groseras

Flores de los Campos



M. MAETERLINCK

LAS puertas de la ciudad, solícitas acogen nuestros pasos, tendiendo una alfombra de jubilo- sa policromía que se agita locamente á las claridades del sol. Es evidente que nos esperaban. Desde los primeros rayos de Marzo, el Rompe-nieve ó Campánula de invierno, hijo heróico de la escarcha, ha sonado el despertar. Entonces salen de la tierra esfuerzos aun informes de una memoria dormida, vagos fantasmas, pálidas flores, ¡apenas flores! el Saxifrago-de-tres-dedos ó Rompe-piedra; la Bolsa del-Pastor, casi invisible; la Scila de dos hojas; el Eléboro fétido ó Rosa de la serpiente; la

Laureola envenenada y sombría; el Petasito, que llaman aún lúgubremente hierba del tifoso, hierba de la peste, todos y todas de salud raquílica y sospachosa; tentativas azuladas, rosadas, indecisas; primera fiebre de vida en que la naturaleza expulsa sus malignos humores; cautivas anemiadas que liberta el invierno; convalecientes de las prisiones subterráneas: ensayos tímidos y torpes de la luz aún amortajada.

Pero pronto ésta se aventura en el espacio; los pensamientos nupciales de la tierra se iluminan y se purifican; los esbozos desaparecen; los vagos sueños de la noche se desvanecen, como una niebla disipada por la aurora; y en derrador de las ciudades, donde el hombre las ignora, las buenas flores rústicas comienzan en el espacio su fiesta sin testigos. ¡Qué importa! ellas están allí y hacen ya su miel, cuando sus hermanas orgullosas, las que tienen todos nuestros cuidados, tiemblan aún en el fondo de los invernaderos. Estarán allí lo mismo, en los prados inundados, en los senderos herbosos, y para ornar las rutas con simplicidad cuando las primeras nieves cubran las praderas. Nadie las siembra y nadie las recoge. Sobreviven á su gloria, y el hombre las maltrata bajo sus plantas. Sin embargo, no hace mucho tiempo, representaban ellas solas la alegrías de la naturaleza. Hace unos cien años, antes que sus hermanas brillantes y friolentas, llegarán de las Indias, de las Islas, del Japón, ó antes que sus propias hijas, ingratas y desconocidas, hubieran usurpado su lugar, ellas nada más alegraban las miradas afligidas; ellas nada más iluminaban la puerta de las cabañas, el patio del castillo, y seguían en el bosque el paso de los enamorados. Pero esos tiempos no son ya, y ahora están destronadas. No han conservado de su pasada dicha más que los nombres que recibieron cuando eran amadas. Y esos nombres demuestran lo que fueron para el hombre: todo su reconocimiento, su atenta ternura, todo lo que él les debía, todo lo que ellas le daban se encuentra encerrado, como dentro de las perlas huecas un aroma secular. Tienen, pues, nombres de reina, de pastora, de virgen, de princesa, de sílfide y de hada, que pasan, como una caricia, un relámpago, con un beso y un murmullo de amor sobre los labios. No hay, yo creo, en nuestra lengua, nada que esté mejor, más delicada y más afectuosamente designado que esas flores populares. En este caso, la palabra viste casi siempre la idea con un cuidado, una precisión ligera, una faci-

lidad admirable. Es como una tela ornada y transparente que amolda exactamente la forma que envuelve, y que tiene el matiz, el perfume y el sonido que convienen. Nombrad tan solo la Margarita, la Violeta, el Jazmín y la Amapola: el nombre es la flor misma. ¡Qué maravilla, por ejemplo, esa especie de grito, y de cresta de luz y de alegría: «Amapola,» para designar la flor escarlata que los sabios abrumaban con el título bárbaro de «*Papaver rhoeas!*» Ved la Primavera ó Primerola, la Pervinca, la Anémoma, el Jacinto de los bosques, la Verónica azul, el No-me-olvides, el Iris, la Campánula: su nombre los pinta por equivalentes y analogías, que los más grandes poetas no encuentran sino raramente. Es toda su alma ingenua y visible. Se oculta, se inclina, se eleva en el oído, como las que lo llevan se disimulan, se inclinan ó se levantan entre los trigales ó en la hierba. Esos son los pocos nombres que todos conocemos; ignoramos los otros, bien que su música describa con la misma dulzura, el mismo feliz ingenio, á las flores que vemos á la orilla de cada camino y en todos

Lauro

Para Guillermo Valencia

Apareció el gran cóndor de las potentes plumas sobre el Mar de Balboa. Oyóse un sordo ruido sobre el mar y las costas: era algo parecido al canto que enarazarán las alegrías sumas.

Y al cóndor vino. Trajo como lirón de brumas de las altas montañas en la frente, y partido un rayo en las pupilas. El mar no había podido alzar hasta su cráneo sus lívidas espumas.

Mil aves se situaron sobre el cielo insondable para ensayar el vuelo del cóndor formidable en la luz milagrosa que dejaban sus huellas.

Y vieron que á los sonos de su clarín sonoro, tras el cóndor potente de fuertes alas de oro, la Fama iba cubriendo sus rastros con estrellas.

Ricardo Miró.

los senderos. Así, en este momento, es decir, hacia el fin del mes en que el trigo cae bajo la hoz, los taludes de los caminos se cubren de un violeta pálido: es la dulce y tierna Escabiosa que acaba de abrirse; discreta, aristocráticamente pobre y modestamente bella, como lo anuncia su título de piedra preciosa velada de bruma. En derredor de ella un tesoro se derrama: es el Renúculo ó Botón de oro, que tiene dos nombres como tiene dos vidas; pues es á un tiempo la inocente virgen que cubre el césped de gotas de sol, y la temible y venenosa hechicera que distribuye la muerte á los animales distraídos. Es aún la Mil-hojas y el Hiperico, florecillas en un tiempo útiles, que se van por los caminos como silenciosas pensionarias de gris uniforme; el vulgar é innumerable Bonvarón de los pájaros, su hermana mayor la Chicoria de los campos, luego la peligrosa Yerba-mora, la Dulzamora que se oculta, la rampante Centinodia; todas las especies sin brillo, de resignada sonrisa, que llevan la práctica y grisácea librea del otoño ya presentido.

* * *

Pero, entre las de marzo, de abril, de mayo, de junio, de julio, recordad los nombres de fiesta, las sílabas primaverales, los vocablos de azur y de alba, de claro de luna y de sol! Ved al Rompe-nieve ó Campana de invierno, que anuncia el deshielo, la Estelaria ó Collar de la Virgen que saluda á las niñas que hacen su primera comunión, á lo largo de las cercas,

cuyos follajes tienen aún hojas indecisas y precarias, como una diáfana niebla verde. Ved á la Ancolia triste, y á la Salvia de los prados, la Eula, la Jasiona, la Angélica, la Niela; el Alelí vestido como la criada de un cura de aldea; la Osmunda, que es un helecho real; la Lúzula; la Parmelia de los muros; el Espejo de Venus; el Euforbio ó Ezula de los bosques, misteriosa y llena de un fuego sombrío; la Phisálida, cuyo fruto madura dentro de una linterna roja; el Beleño, la Belladona, la Digital, reinas envenenadoras, Cleopatras envueltas en gaza de los lugares incultos y de los bosques frescos. Y luego, aun la Manzanilla, la buena hermana de las mil sonrisas que trae en un *bol de fagezza* la tisana saludable; la Pimpinela y la Coronilla, la Menta fría y el Sérpol rosa, la Espareilla y la Eufrasia, la gran Margarita, la Genciana lila y la Verbena azul, la Enserina, la Anthemia, la Cirse lanceolada, la Potentilla, la Genistela... Enumerándolas se recita un poema de luz y de gracia. Se les ha reservado los sonidos más amables, los más puros, los más claros, y toda la alegría musical de la lengua. Se diría que son los «*Dramatis Persona,*» los corifeos y los figurantes de una inmensa magia, más bella, más imprevista y más sobrenatural, que las que se desarrollan en la Isla de Próspera, en la corte de Theseo ó en la selva de las Ardenas. Y las lindas actrices de la comedia muda é infinita: diosas, ángeles, demonios, princesas y hechiceras, vírgenes y cortesanas, reinas y pastorcillas, llevan entre los pliegues de sus nombres el mágico reflejo de innumerables auroras, de innumerables primaveras, contempladas por hombres olvidados, como también llevan el recuerdo de millares de emociones, profundas ó ligeras, que ante ellas experimentaron las generaciones desaparecidas sin dejar ninguna huella.

* * *

Son interesantes é incomprensibles. Se les llama vagamente las «Malas Hierbas.» No sirven para nada. Aquí y acullá algunas, en muy viejas aldeas, guardan aún el prestigio de virtudes dudosas. Aquí y acullá alguna de ellas, en el fondo de los bodegones de los boticarios ó de los herboristas, esperan aún el paso del enfermo fiel á las infusiones tradicionales. Pero la incrédula medicina las desdeña. No se les recoge ya según los ritos de antaño; y la ciencia de los «*Simples*» se borra en la memoria de las buenas mujeres. Se les hace una guerra sin piedad. El campesino las teme, el arado las persigue, el jardinero las odia y se arma contra ellas de armas ruidosas: el azadón y el rastrillo, la hoz y la pala, la barra y la podadora. A lo largo de los grandes caminos, su refugio supremo, el pasante las aplasta y la carreta las destroza. A pesar de todo, vedlas: permanentes, seguras, pululantes, tranquilas y ni una sola falta al llamamiento del sol. Siguen las estaciones sin desviarse ni una hora. Ignoran al hombre que se agota para vencerlas, y apenas él descansa cuando ellas brotan tras de sus pasos. Y subsisten audaces, inmortales, intratables. Han poblado nuestros jardines de hijas magníficas y desnaturalizadas: pero ellas, las madres pobres, han permanecido semejantes á lo que eran hace cien mil años. No han agregado un solo pliegue á sus pétalos, ni deformado un pistilo, ni alterado un matiz, ni innovado un perfume. Guardan el secreto de una misión tenaz. Son las primitivas y las indelebles. El suelo les pertenece desde su origen. Representan, en suma, un pensamiento invariable, un deseo obstinado, una sonrisa esencial de la Tierra. Por eso es bueno interrogarlas. Evidentemente tienen algo que decirnos. Y luego no debemos olvidar que fueron las primeras, como las albas y los otoños, como las primaveras y los ponientes, como el canto de los pájaros, como la cabellera, la mirada y los gestos divinos de la mujer, en enseñar á nuestros padres que existen sobre este globo cosas inútiles y bellas.....

MAURICIO MAETERLINCK.

saciones más disparatadas y los reproches más duros. Bástame haber siempre ejercido en campos y aldeas, pues nada hay tan difícil como llevar á las almas de campesinos y aldeanos, con la excusa para nuestros errores, la idea de lo menguado y relativo de nuestra ciencia.

En los comienzos de mi carrera, á cada paso recibía yo una granizada de reproches, y cada vez me atormentaba estudiando el modo de evitar el granizo. Colegas más ignorantes y menos afortunados lo evitaban. ¿Por qué no podía yo hacer igual cosa? El adaptarse á un medio requiere algún sacrificio, y el médico hace el de su ingenuidad cuando ejerce en aldeas y campos. Será, según los casos, charlatán, brujo, ó algo parecido, excepto lo que realmente es ante la propia conciencia. De no hacer este sacrificio, la abundancia nunca pasará por sus manteles y ha de estar apercebido á huir, á lo mejor y entre las tinieblas nocturnas, del encono y la rabia lugareños.

De todos modos, oí de tiempo en tiempo algunos reproches, pero ya con oídos de mercader. Sólo uno me hirió hondamente, por la manera como se me hizo y las circunstancias que le acompañaron. Fue simple y espantoso á la vez. Jamás lo olvido, y el recordarlo me llena siempre de escalofríos y vierte en mi alma las angustias y congojas del remordimiento. Tendría yo poco más ó menos de un año de establecido en Cantarena, poblachón antipático en donde la fiebre palúdica reina sin la más vaga sombra de enojosos rivales. Fuera del nombre, en mi sentir muy bello, Cantarena es lo más antipático del mundo. Ahí fue mi iniciación en la lucha por la vida, mi iniciación en esta existencia de médicos humildes



ra siempre, señalando, con sus dedos convulsos, las manos encallecidas próximas á caer contra las paredes de un ataud muy pobre, pintarrajeado de negro.

A veces pasa como una ráfaga de muerte, y mientras unos caen para no alzarse jamás, otros emigran, huyendo del azote. En una de estas ocasiones fui llamado á una casita algo distante del lugar. Para llegar hasta la casa, débese orillear primero una laguna situada al noroeste de la población, y luego seguir una senda fangosa, de bordes llenos de maleza. Los habitantes de Cantarena ven esa laguna con ojeriza y rencor no infundados: dicen que de ella salen fiebres como del mar nubes. Sin embargo, después del cenoterio, la laguna es lo más hermoso de los alrededores. Al menos hacia la tarde es una gloria verla copiar, en el fondo de sus aguas, dormidas, el incendio del crepúsculo; y es casi casi una delicia por las noches serenas, cuando de sus aguas verdosas y del matorral de sus orillas álzase vibrando en el aire transparente el coro monótono y dulce de su pueblo de ranas. Primero son tres, cuatro, cinco ranas las que interrumpen el silencio con su croar continuo; después agréganse otras, y otras, hasta formar un gran orfeón lloroso como de infinitas planiferas que marcharan tras un convoy fúnebre, perdido en las sombras.

Era mediodía cuando me llamaron. Apenas pude, monté á caballo y me dirigí á la casa, habitación de una vieja mulata, de mucho antes clienta mía, y de un hijo suyo. Este era el enfermo. La vieja, de nombre Paula, hacía apenas un año era envidiada, en el Pueblo de todas las madres, por tener tres hijos buenos y dóciles como si fueran corderos, y á la vez tan sanos y robustos como los toros salvajes. Pero, hacía un año precisamente, la guerra había matado el mayor. El segundo, honrado y trabajador como los otros, era el de mala cabeza de la familia; le daba de cuando en cuando por beber, y entonces volvíase loco, armaba pendencias monumentales y era la zozobra y consternación de la aldea. En una reyerta provocada por él, halló la muerte poco tiempo después de morir el primogénito.

Y así fué como la pobre madre quedó con un sólo hijo. La tristeza nacida de su doble é irreparable pérdida se fué cambiando poco á poco en amor abnegado y sin límites para el

hijo sobreviviente. Lo rodeó de sus mejores ternezas, lo convirtió en ídolo y como á un dios lo adoraba.

Era un amor lleno de angustias y temores. Al ver en su hijo el menor indicio de enfermedad, sobresaltábase, y sobresaltada, no sin razón, vino á mi encuentro aquel día. El hijo, fuerte mocetón de veinte años, de ojos claros y piel oscura, tenía la fiebre. El caso me pareció un caso vulgar. Sólo hallé algo congestionado el rostro y oí en el pecho algunos estertores de bronquitis.

—Creo que no hay motivo de alarma, dije á la buena mujer.

Ordené en seguida lo que había de hacerse al enfermo, y partí, prometiendo volver á la tarde, antes de cerrar la noche.

Por la tarde, en efecto, volví, pero la enfermedad no ofrecía grandes cambios. Sin embargo, á las reiteradas preguntas de la vieja, contesté:

—*Me parece mejorcito.* Y pensando volver al día siguiente con el alba, me despedí, ansioso de llegar á donde ya me esperaban de seguro mis contentillos de todas las noches, dispuestos á dar principio á nuestras habituales partidas de dominó, eternas y bulliciosas.

Muy tranquilo llegué, en la mañana siguiente, á la casa. La vieja de pies é inmóvil en la puerta, veía con rara tenacidad hacia el Oriente, como si esperase algo que estaba por venir, tal vez de la población, tal vez de mucho más lejos. No se movió para venir á mi encuentro. Sin fijarme en su actitud enigmática, y mientras me apeaba del caballo, le dí los buenos días, y le pregunté, en tono de voz casi alegre, por el enfermo.

—*Me parece mejorcito,* contestó la vieja, pero sin dar un paso, ni dejar de ver, con los ojos muy fijos, en dirección del Oriente. Después de lo que voy á contar fue cuando caí en la cuenta de que la vieja repitió con fidelidad implacible mis últimas palabras de la víspera.

Suponiendo que Paula me seguiría en lo interior de la casa, penetré en ésta y fui sin vacilar hasta el cuarto del enfermo. Rodeado de mujeres que rezaban en voz baja, y en medio de algunas luces, estaba mi cliente, muerto durante la noche.

Ante aquel espectáculo, oíenlo todavía las palabras de la vieja y recordando su actitud

sentí algo terrible y confuso: fué como la sensación de una bofetada, capaz de reducirme á polvo. É, inmediatamente después, la sensación de un miedo infinito, obedeciendo á lo cual salí sordo y ciego de la casa, monté á caballo aún no sé como, y á todo el correr de mi cabalgadura partí como el criminal perseguido de cerca por la justicia.

No exagero. Durante algún tiempo fui víctima de ese terror pánico. No se me apartaban de la memoria el dicho y la actitud de la vieja mulata. A cada instante resonaban en mi oído aquellas palabras, indiferentes en la superficie, mientras en el fondo eran bofetones de sarcasmo, rehilete de ironía, cisternas de amargura. A cada instante veía yo de nuevo la imágen de aquel rostro impassible y duro, como de bronce, y aquellos ojos resecos de mirada lúgubre y fija.

Pero en la actitud de la mujer no había sólo un reproche dirigido á mi ignorancia ó ligereza; había otro reproche vagamente formulado por las entrañas rotas de la madre. Quizás la duda abría por la primera vez sus flores negras en aquella alma simple. El cura del pueblo, en sus cortas pláticas del domingo, y un libro de oraciones, en sus páginas, le habían hablado muchas veces de una providencia que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo; y tal vez preguntábase, la infeliz, por qué esa misma Providencia, cuidadosa con aves y lirios, permitía su desamparo y dolor, privándola en breve tiempo de su única riqueza y de todos sus amores en el mundo, de los tres hijos orgullo de su vida, vivas memorias de su juventud, apoyo de su vejez, pan de su cuerpo y alegría de su alma.

Días más tarde, Paula abandonó la casa, testigo de su infortunio, y se fué, quien sabe á dónde, sola, miserable y sola, con su carga de años y tristezas.

Y mientras estuve en el pueblo, siempre me sobrecogió al pasar por junto á la casa de sierta, una desazón invencible, á veces torturante, sobre todo por la noche, cuando se oía á lo lejos el canto de las ranas, monótono y dulce, y cerca de mí infinitos cocuyos voladores sembraban de estrellas la sombra de los matorrales.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

Vieja llave

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado á la cancela,
de la despensa al granero),
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores.....
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar!

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió,
sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto:
nada abre, no resuena;
me parece un alma en pena.

Pobre llave sin fortuna
... y sin dientes, como una
vieja boca; si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
¿para qué te he de guardar!

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China

la gallarda, la ligera
española nao flera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores:
tú de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
del *bon vieux temps*; tú cautela
custodiaba la cancela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar!

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima y yo,
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó....

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar!

Noviembre de 1906.

AMADO NERVO.

(?)

No es más blonda la espiga ni más rubios
de la santa custodia los efluvios
que los suaves cabellos de Margot.
Como los bordes de una fresca herida,
que desparraman hábitos de vida,
sus labios rojos son.

Las blancas opulencias de su seno
se huchan como las olas del Tirreno
que agita el vendabal:
albura inmaculada en que adivino
las redondeces trémulas del lino
que viaja, á todo viento, en alta mar.

No florece en el campo ni en el valle
palmera más flexible que su talle
voluptuoso y gentil!...
Contemplando las amplias redondeces
de sus carnes obúrneas, ¿cuántas veces
desfallecer creí!...

Sus dedos son los cándidos pistilos
de una flor milagrosa: breves hilos
donde tiembla el matiz del caracol.
¿Como evocan las grutas encantadas
donde habitan los silfos y las hadas,
los huecos de esa flor!

Para sus pies, inverosímilmente
diminutos, con perlas del Oriente
y sedas de Pekín
harfa dos botitas primorosas
calcadas en las hojas de las rosas
conque se adorna Abril!...

No es más blanca la leche ni más blancos
los hielos que descienden por los flancos
de la eminente altura, que Margot;
y es que, límpida fuente siempre en calma,
se ve en su rostro el fondo de su alma,
bue es más nivea y mas pura que el vellón.

Abril 24 de 1906.

VICTOR RACAMONDE.

Grupo encantador



Niñas Hortensia, Amelia y Mercedes Espinosa, graciosas nietecitas de nuestra poetisa doña Amelia Denis de Icaza.

*Dichosa la que es madre y á quien ha dado el cielo
en ese amor supremo sagrada bendición.
Yo tengo con más nietas mi terrenal consuelo,
y á nada más aspira mi enfermo corazón.*

Amelia Denis de Icaza.

Asociación Literaria Internacional Americana

MAÑE apenas un año varios distinguidos hombres de letras se reunieron en la Habana y procedieron á organizar una asociación cuyo objetivo altamente plausible fuera la unificación de los esfuerzos que en toda América realizan aquellos que se interesan por el progreso efectivo de los países hispanos de origen latino, que de este modo vigorizados lograrán llevar á cabo obra de alientos tan grandiosos como la que reclama el porvenir de América.

La idea brillante y meritoria mereció desde luego buena acogida. Lenta pero seguramente la Asociación ha ensanchado su campo de acción, y hoy cuenta con comités correspondientes en la mayor parte de las repúblicas hermanas. Panamá no ha sido olvidada, y con el fin de organizar comité aquí, la digna corporación nos honra con el nombramiento de Delegado en la República, que con atenta carta de su Secretario, el inteligente literato dominicano Max. Henríquez Ureña, hemos recibido.

Identificados en ideas con los fundadores y miembros actuales de la "Asociación Literaria Internacional Americana," la designación hecha en nosotros nos enorgullece y nos halla dispuestos para hacer en la medida de nuestros esfuerzos cuanto nos sea posible por establecer comités en el Istmo, aun luchando con dificultades tan grandes como la escasez del elemento inte-

lectual y el egoísmo que nuestra vida netamente comercial hace predominar de modo marcado.

Vaya nuestro aplauso á la Asociación y la seguridad de nuestro apoyo junto con los más sinceros y expresivos agradecimientos por el honor discernido.

* *

Damos en seguida la nómina de la Directiva del Comité Nacional de Cuba (antiguo Comité Organizador), que actúa desde Abril último.

Presidentes de honor: Enrique José Varona, José de Armas y Cárdenas, Ricardo Delmonte, Aniceto Valdivia.

Presidente efectivo: Francisco Sellén.
Vice-presidente: Manuel S. Pichardo.
Secretario: Max. Henríquez Ureña.
Tesorero: J. López Goldarás.

Vocales fundadores: A. R. de Carricarte, Pedro Henríquez Ureña, Jesús Castellanos, Miguel de Carrión, J. M. Guerra Núñez.

Vocales: Fco. Díaz Silveira, M. Márquez Sterling, Eulogio Horta, Fernando de Zayas, Fernando Sánchez de Fuentes, Federico Urbach, Enrique Hernández Miyares.

Equilibrio

Los ojos de los niños son vagos y sinceros, por eso—cuando niños—mis ojos fueron vagos, con esa mansedumbre risueña de los lagos donde tan solo abrevan pastores y corderos.

Los ojos de los hombres son graves y sombríos, por eso—cuando sabios—mis ojos fueron graves, con esa voluptuosa tristeza de las aves que siguen la corriente nevíosa de los ríos.

A causa de mis ojos he sido sobre el mundo un lírico optimista y un sátiro profundo, ídólatra de toda belleza corporal:

y á causa de los mismos ha de llegar un día en que me invada el morbo de la Filosofía, austero y con malignas perfidias de puñal.

1906.

M. MORENO ALBA.

Noticias Teatrales

DE este arte admirable y de sus grandes interpretadores daremos ahora, á las voladas, algunas noticias que tomamos de nuestra correspondencia particular y de nuestros canjes.

—Santiago Rusiñol, el pintor-dramaturgo catalán, ha adquirido en Italia actualmente gran celebridad por sus cuadros que en la última exposición de Venecia triunfaron entre una salva de aplausos. Pocos muy pocos conocen personalmente al artista y el público italiano aún no ha podido apreciar como autor dramático al gran pintor peninsular. Sin embargo, en la liza teatral española ocupa hoy uno de los primeros puestos por la originalidad y fuerza de sus dramas. Pintor gentil y brioso de bosques y jardines que reflejan con refinada delicadeza y dulce poesía todo el encanto del sol de su tierra, surge en el teatro ahora como potencia revolucionaria y demoleedor terrible, de todo lo que no tienda al bien. Cada trabajo de Rusiñol tiene el significado de una batalla, pero de una batalla ganada en favor de lo Bello y lo Ideal.

José P. Pacchierotti ha traducido del catalán para la escena italiana dos trabajos de Rusiñol: *L'Erce*, que se representará probablemente en los principales teatros de Roma, y *La Brutta*, que tendrá por interpretadora á Emma Gramatica, celebradísima actriz moderna de la Escuela Italiana. La parte de la protagonista en este último drama dicen que es una de las más interesantes entre todas las que se han escrito para el teatro moderno. La gran artista á quien le toca encarnar ese papel tendrá, pues, que revelarse como creadora de bríos y fuerza, para la cual tarea le sobra talento y gracia.

—*La Lecture pour tous* ha interrogado á los actores franceses más en boga sobre sus impresiones de escena y las respuestas son de lo más curiosas.

Sarah Bernhardt —la gran artista que entrenó nuestro antiguo teatro allá por el año 86—aprecia poco al público francés, porque —según ella—en Francia no se ama el teatro suficientemente.

Marmet Sully es de opinión (y en esto sí no estamos de acuerdo) que la inteligencia es elemento secundario (!) para un actor.

La Bartet piensa que en escena se necesita dar el propio corazón.

La Rejane ha dicho: "cuando yo río ó lloro en el teatro, estad seguros de que tal es el estado de mi alma. No se reproduce bien sino lo que se siente íntimamente. Es necesario tener hijos para poder interpretar el sentimiento de las madres."

Coquelin, á su turno, se produce en sentido netamente opuesto: "No es un gran actor sino aquel que se halla en condiciones de expresar los sentimientos que no siente, que no ha sentido nunca y que, según la propia naturaleza, no podrá sentir jamás."

—Eleonora Duse, la gran creadora, está ahora en Venecia, pero no cura de la enfermedad de que fué víctima en Dresde y por la cual tuvo

que interrumpir su *tournee*. Los médicos que la asisten le han impuesto un largo y completo reposo, así es que hasta el próximo invierno, la

tas, y con el refinamiento debido al estudio y á la experiencia, la personalidad artística de Tina es hoy día la misma que era cuando se

Ya levantadas estas *Notes teatrales* he obtenido un ejemplar de *Los Conquistadores*, de